Paola Prieto Mejía, *"Has llegado a la región más transparente del aire". Desterrados colombianos en México (1908-1930)*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2023, 396 pp.

Julio César Farías Reyes
Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa

https://doi.org/10.17533/udea.trahs.26.19

La biblioteca de Antonio Castro Leal resguarda dos curiosas antologías poéticas. Una, de 1933, se titula *Canciones y Elegías*, compilación de Porfirio Barba Jacob, realizada entre 1908 y 1929.[1] La otra pertenece a Germán Pardo García, impresa por Editorial Cvltvra en 1939.[2] ¿Qué las relaciona? Que sus autores eran colombianos y vivieron en México. Paola Prieto Mejía rescata su historia y la de varios colombianos más en este libro que ganó el premio INEHRM 2022 a la mejor investigación en relaciones diplomáticas de México. La investigación abarca desde la primera década del siglo XX hasta la década de 1930 y aborda las causas por las que decenas de personas abandonaron Colombia para instalarse en México, un lugar lejano a su patria. En sus páginas se menciona la actuación de estos individuos en las distintas facciones que lucharon durante la Revolución Mexicana y los cargos que ocuparon en los gobiernos posteriores. El trabajo finaliza analizando por qué, a inicios de los años treinta, México dejó de ser un destino atractivo para la emigración de personas de esta nacionalidad.

En la historiografía de los últimos diez años ha tomado auge el enfoque transnacional. Esta vertiente ya no abarca únicamente la relación entre Estados "soberanos", ni aborda los procesos históricos circunscritos a fronteras nacionales o determinados por ellas. Más bien se centra en aspectos sociales, económicos, culturales u otros que atraviesan las porosas fronteras entre países y cuyos orígenes o desenvolvimiento no empiezan, acaban ni se limitan únicamente al poder e influencia estatal.[3] La investigación

1. Porfirio Barba Jacob, *Canciones y elegías* (México: Alcancía, 1932).

2. Germán Pardo García, *Selección de sus poemas* (México: Editorial Cvltvra 1939).

3. Un par de ejemplos son los de Catherine Vézina, *Diplomacia migratoria: una historia transnacional del Programa Bracero, 1947-1952* (México: Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, 2017); y Sebastián Rivera Mir, *Militantes de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones* (México; El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores/Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2018).

que nos ofrece Paola Prieto Mejía puede sumarse a esta creciente catarata de artículos, libros y discusiones teóricas que van más allá de los trabajos tradicionales sobre la historia de la diplomacia mexicana y latinoamericana.

Esta obra se nutrió de los documentos encontrados en más de una docena de archivos de México y Colombia, de la hemerografía de ambos países, de la correspondencia entre escritores, funcionarios y políticos, e incluso de obras literarias que presentan un panorama amplio de los colombianos que se desterraron en México. En términos metodológicos, el concepto de "destierro" orientó la interpretación de la autora, ya que permitió abordar tanto a aquellos colombianos que fueron expulsados por el gobierno de turno de su país como a quienes, sin coacción estatal, partieron hacia otros horizontes debido a su marginación política.

La primera parte del libro es la más interesante porque deshilvana el complejo contexto en el que un gran número de colombianos destacados llegó a México. El Porfiriato (1877-1911) en México y el Quinquenio de Reyes (1904-1909) en Colombia son revelados como regímenes que, aunque ideológicamente cercanos, promueven que el primero ofrezca un ambiente atractivo para los liberales colombianos, mientras que el segundo los excluye, encarcela o expulsa; fue en esta época cuando, por ejemplo, llegó Ricardo Arenales (Porfirio Barba Jacob) a México. Los capítulos finales del libro se refieren a casos concretos de colombianos que vivieron parte de su vida en el país norteamericano durante los años veinte. Sin embargo, hay entre unos y otros personajes cierto desequilibrio al abordarlos, pues algunos apenas aparecen y a otros se les dedican más páginas o se explica mejor su actuar en la tierra que eligieron como segundo hogar. Incluso se aborda a José María Vargas Vila, escritor que nunca se estableció en México, aunque vivió del erario mexicano durante más de una década (pp. 338-351). Esta divergencia de extensión y profundidad responde a la información de las fuentes y a la importancia de la obra de cada personaje en cuestión, se cuestiona incluir a un desterrado que nunca se estableció en México, por lo que quedaría fuera de los objetivos que se planteó la investigación.

La autora logra introducirnos en la opinión pública colombiana, con sus periódicos como palestra de lucha entre las facciones liberales y conservadoras en las primeras décadas del siglo XX. Aclara cómo, al surgir el movimiento de Francisco I. Madero, cada grupo político interpretó el conflicto armado mexicano de acuerdo con sus intereses políticos y de clase, sus bases ideológicas y a la luz de la historia nacional, resaltando su desconfianza hacia los Estados Unidos. El Porfiriato y la Revolución Mexicana se convirtieron en una especie de espejo para los colombianos, que, más que permitirles observar la realidad mexicana, la interpretaba y la deformaba para revelar los problemas de Colombia. El texto se desenvuelve en un vaivén entre México y Colombia, el contexto político y social de ambos, las notas de prensa de diarios en Bogotá y en la Ciudad de México, el establecimiento de legaciones diplomáticas en el país contrario y la creciente vinculación entre personajes de ambas nacionalidades. Avanzando en el libro, Prieto Mejía muestra que la estrategia diplomática del carrancismo en Colombia se centró en tejer redes culturales mediante propagandistas y enviados dedicados a las letras, como Manuel Ugarte, entre los primeros, y Carlos Pellicer, en Bogotá (p. 93). Al mostrar la

moderna cultura mexicana, se intentaba contrarrestar la propaganda antirrevolucionaria que permeaba entre las élites colombianas, un discurso periodístico o panfletario que pretendía denunciar la guerra civil y el caos en el que se encontraba México (p. 95). Durante las primeras tres décadas del siglo XX siempre hubo un desequilibrio: México destinó más presupuesto a mejorar su imagen en Colombia, mientras que este país apenas podía mantener abierta su legación en la capital de aquel Estado.

Quizá uno de los pocos planteamientos que se cuestionarían en la investigación sobre las relaciones entre Colombia y México en la década de 1910 es que se enfoca demasiado en la incidencia de los Estados Unidos en las relaciones incipientes entre ambos países. Tal énfasis impide que la autora se dé cuenta de los intereses europeos que también estuvieron en juego. Por ejemplo, las notas sobre México publicadas por *Transocean*, el periódico de la colonia alemana en Colombia, presentan una imagen favorable del país y parecen situar a Carranza como líder de un movimiento que busca contrarrestar la influencia de Estados Unidos en América Latina; en otras, aplauden la política de neutralidad y los intentos de establecer vínculos más estrechos con sus vecinos regionales. La autora no menciona ni parece dar por sentado los objetivos de los editores de origen alemán, en el contexto de la Primera Guerra Mundial y de la rivalidad entre potencias. Alemania coqueteó con Carranza para que se uniera a su bando en la conflagración y qué mejor que crear una enemistad mayor en las ya de por sí tensas relaciones entre México y Estados Unidos (p. 92).

Considerando que la ruta de la diplomacia cultural y el concepto de destierro pesan en la obra, el libro parece dejar de lado la posibilidad de que los colombianos hubieran construido sus vínculos entre sí y con la sociedad mexicana fuera de la influencia y la jurisdicción estatales, creando sus redes intelectuales transnacionales incluso contra la venia del gobierno mexicano. Una de las conclusiones más importantes de Prieto Mejía es que, a diferencia de otros grupos de desterrados latinoamericanos, los colombianos no se organizaron políticamente entre sí, ni intentaron exportar la revolución, ni participaron en la vida pública de su país cuando regresaron a él. Así, estos sudamericanos se unieron a uno u otro grupo durante la etapa armada de la Revolución, redefiniendo sus lealtades y su acción política, sobre todo mediante la defensa de su facción en la prensa. Muchos de ellos cambiaron de bando durante los años veinte o dejaron de ser útiles para los sucesivos gobiernos mexicanos, lo que les impidió continuar en el país. En el libro se utiliza ampliamente la prensa para explicar la opinión pública colombiana en la segunda y tercera década del siglo XX; Prieto Mejía dilucida los motivos de los editores y escritores, propone consecuencias del discurso, toma en cuenta el contexto colombiano y el origen de la información, el papel de las agencias estadounidenses y las acciones de la legación mexicana. En este último caso, la autora debió poner más atención a los artículos pagados en la prensa, periodismo venal pero efectivo para los países que pretendían mejorar su imagen y visibilizarse en otras latitudes (p. 92).

Un ejemplo de esta omisión es cuando se menciona que, en 1921, los festejos de la Consumación de la Independencia de México aparecieron con mayor frecuencia que los de Chile en la prensa; en 1910, la situación era contraria; la autora trata de explicarlo por la fascinación por el régimen revolucionario mexicano en Colombia o por la labor

de los representantes diplomáticos en ese país. De hecho, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, Carlos Baumbach, enviado mexicano en Nicaragua, afirmaba, orgulloso, que había pagado de su propio peculio varios artículos aparecidos en la prensa; algo así pudo haber pasado en 1921 en Colombia.

Quizá el punto que más discusión suscita el libro es el debate sobre los límites y el peso del enfoque transnacional y la diplomacia. Muchas de las fuentes para rescatar la historia de estos colombianos llegados a México provienen de los archivos de las cancillerías, por lo que los límites de su actuación estarían circunscritos a lo que el gobierno les permite hacer como inmigrantes, y lo que alcanzamos a saber de ellos se limita a lo que aparece en esos repositorios. Desgraciadamente, como historiadores nos ceñimos a los documentos, pero la prensa independiente, los archivos personales y las memorias o autobiografías pueden contrarrestar el peso narrativo de la memoria estatal. Por otro lado, la autora menciona organizaciones obreras y estudiantiles que mantuvieron intereses distintos a los del gobierno mexicano, aunque estuvieran financiadas total o parcialmente por él. ¿Este tipo de instituciones (por ejemplo, la CROM) actuarían automáticamente a favor de los objetivos de la cancillería mexicana o se verían desplazadas por su propia agenda? Otro punto a discutir sería la conformación de redes intelectuales transnacionales a principios de los años veinte en América Latina.

¿Realmente se crearon en esta época, de acuerdo con la definición que la autora retoma? ¿Una discusión por cartas entre Vasconcelos y un estudiante colombiano constituye una red? Vasconcelos, sin duda, tuvo contacto con estudiantes colombianos. Sin embargo, no hubo un intento formal ni imperioso de que estas "redes" se mantuvieran constantes y no se desvanecieran al poco tiempo. Más fuertes parecen ser los vínculos que unían a estudiantes y obreros a partir de congresos internacionales que los que escritores, políticos, periodistas e intelectuales mantuvieron entre sí en estos años. Para quienes pretendemos estudiar los intercambios y la circulación de ideas, mercancías y personas, así como los contactos entre individuos y organizaciones a lo largo y ancho de América Latina, el libro de Paola Prieto Mejía es un camino seguro para no extraviarse y evitar una historia diplomática de viejo cuño.